

De esas que van por ahí

Mauricio Pérez Sánchez

MI matrimonio sólo duró seis años. Sinceramente, los primeros cuatro fueron muy buenos en todos sentidos. Sin embargo, a partir del quinto año la familia de mi esposa, con el consentimiento de ésta, se fue entrometiendo en nuestros asuntos; principalmente mi cuñada (un hombre metido en un cuerpo de semimujer) y mi suegra. Además, la rutina fue consumiendo a la pasión, la cual de cirio pascual se transformó en una veladorcita para San Charbel.

Como sucede en muchos casos, las verdaderas razones de nuestro inminente fracaso no eran discutidas. Las constantes peleas versaban sobre nimiedades. Por ejemplo, mi esposa me recriminaba por mojar las toallas al secarme las manos, aunque yo consideraba que no mojarlas debería ser un buen acto de prestidigitación; por no colgar inmediatamente el saco que me acababa de quitar; por jugar ajedrez en la computadora; etcétera, etcétera.

Ante estas riñas, los dos nos aplicamos, como en los tiempos de secundaria, la ley del hielo, lo cual propició al poco tiempo que surgiera nuestra mutua infidelidad. La verdad, yo fui infiel sólo por acelerar un proceso irrefrenable, por lo que ni siquiera gocé mi efímera relación casi incestuosa. El divorcio era inminente. Este acto liberador duró sólo seis meses, y fue un proceso relativamente civilizado. Consideré que el coche y el departamento eran un precio justo por mi libertad condicional.

Tras mi abandono de hogar legalizado, en el Segunda Mano encontré un cuarto amueblado con todos los servicios. La renta era muy accesible y, aunque formaba parte de una residencia de una familia “bien”, el cuarto era independiente y en él se podía tener suficiente intimidad. Para no obsesionarme con mi fracaso

emocional, me inscribí en un curso de inglés. Éste me mantenía ocupado la mitad del sábado e incluso en mis tiempos libres durante la semana, ya que tenía que estudiar y hacer tareas.

En el inglés conocí a gente interesante, casi todos jóvenes. Tuve una maestra bisexual de buen cuerpo, una maestra lesbiana con unas nalgas sublimes, una compañera chilena a la que le parecía bien enseñar los calzones y una compañera de 17 años, 25 años menor que yo, a quien le gustaba restregar su cuerpo con el mío, en plena clase, como un gatito bilingüe.

Un día, a Hugo, el compañero de clases con el que mejor me llevaba, se le cayó una fotografía de una mujer. Yo la levanté y me quedé viéndola. “¿Te gustaría tenerla?”, preguntó Hugo. Un mes después, ella estaba en mi cama.

La relación entre Tábata y yo, desde un inicio, fue básicamente lúdica y sexual. A diferencia de mi esposa, Tábata no decía nada si mojaba las toallas, si no colgaba mi saco inmediatamente o si salpicaba la taza del baño. Incluso, ella pasaba horas a mi lado, sentadita en silencio absoluto, viéndome jugar ajedrez en la computadora.

Durante nuestra estancia en el acogedor cuarto, en la cama Tábata aceptaba cualquier juego. A mí me gustaba que se disfrazara. Algunas veces, ella usaba ropa de enfermera; otras, medias negras con ligueros. Pero lo que más me excitaba era vestirla de colegiala. Verla con su blusa blanca, su suéter verde, su falda tableada y con sus calcetas me trastornaba. Ella es menudita, por lo que no fue difícil encontrar un uniforme a su medida y, como tiene cara de niña, éste le queda a la perfección. Yo le confesé a Tábata que quizá la única mujer que he amado se llama Adriana, y que el día que la conocí ella vestía el mismo uniforme, el de la Secundaria 230. Adriana tenía 14 años y yo como 20. A Tábata no le molestó mi confesión; incluso me permite que en su faceta de colegiala la llame Adriana.

Mi vida iba viento en popa. Hasta mi carácter, siempre agrio durante mi matrimonio, había cambiado. Esto lo notaron aun mis compañeros de trabajo y del inglés. Mi actividad sexual era perfecta: fornicaba como un camaleón. Sin embargo, hace unas semanas sucedió algo que me obligó a modificar un poco mis nuevas costumbres.



Un viernes regresé temprano del trabajo. Estaba muy cansado, tanto que incluso dudé en tener sexo. Sin embargo, al ver a Tábata sobre la cama, con una minifalda rosa, calcetas, una blusa blanca con un oso en el centro y una pulsera de tela que le compré en Coyoacán, no pude evitar abrazarla, besarla, quitarle sólo las bragas (como dicen los gachupines) y penetrarla. Dos horas más tarde, me encontraba sentado en una silla. Tábata estaba sobre mí. Yo la movía al ritmo de la música que brotaba de mi computadora, La Heroica de Beethoven. Ella sólo llevaba puesta su falda, sus calcetas (me gusta hacerle el amor con su falda y las calcetas puestas) y su perfume Anaís Anaís, el mismo que usaba Adriana. Yo acariciaba sus pequeños pechos suaves, y la sodomizaba despacito, muy despacito. De pronto, escuché un ruido y vi una sombra por la ventana. Sin embargo, no podía distraerme; las nalgas de Tábata absorbían toda mi atención y el final de La Heroica y de lo otro estaban demasiado cerca.

La mañana siguiente escuché que alguien golpeaba la puerta. Era el dueño de la casa, un contador como de unos 45 años, calvo, tartamudo, simpático. Lo invité a pasar y, sentados sobre mi sofá-cama, platicamos acerca de temas intrascendentes, como el calor de los últimos días o los fuegos artificiales de las últimas noches (supongo que se refería a los cohetes). Era obvio que el contador no quería hablar del clima y del ruido, por lo que, aunque le costó trabajo, finalmente mostró su carta: “Eres muy buen inquilino, sobre todo a la hora de pagar” –dijo–, “pero ayer la muchacha de la limpieza me comentó que cuando fue a sacar la manguera de la bodega vio en tu cuarto algo... no sé cómo decirlo, bueno... inquietante. Quizá no deba meterme en estas cosas, pero considero que no está bien lo que haces. Yo no tengo ningún problema con esto, pero mi esposa me pidió que te... bueno, que dejaras el cuarto”.

Lo demás fue verborrea al servicio de la comunidad. Por tanto, me vi forzado a buscar un departamento con una renta al alcance de mis bolsillos. Encontré uno en un quinto piso; lejos de las miradas indiscretas y cerca de Dios.

Mi nueva casa tiene sólo dos recámaras, pero es suficientemente amplia. Todas las paredes son blancas, y los pisos de madera. Mi cuarto cuenta con un clóset grande. En él caben muy bien mi ropa y la de Tábata. Incluso, cabe Tábata con todo y caja. Ahora las cosas van a estar bien. Sólo que Hugo me ha inquietado un poco, ya que me contó que vio en una revista unos modelos nuevos: mujeres rubias de pechos enormes y otras con nariz de artista y piel bronceada. Mi fidelidad nuevamente está siendo amenazada.